

Estos años son los de su mayor acercamiento al Partido Comunista, al cual considera entrar. Son ventajas del ingreso: una fuerte situación, un virtual mandato intelectual, pertenencia a una organización sólida, garantías de contacto con la gente. Entre los inconvenientes figuran: la renuncia a la independencia privada en favor de un gobierno obrero en que, paradójicamente, la clase obrera está reprimida y, por lo mismo, no pertenecer a la clase dominante supone una total proletarización, con todas sus consecuencias. El 27 enero 1927 anota en su diario de viaje:

La vida en Rusia es, para mí, dentro del Partido, muy difícil y, fuera de él, carente de oportunidades y no por ello menos difícil. Hay muchas cosas que me arraigan y, a la vez, una gran nostalgia de Europa.

Cuatro días después se marcha definitivamente. Vivir en Rusia fue su piedra de toque como europeo: se ha sentido viajero, observador, juez, pero no partícipe. Estaba de paso.

WB fue uno de los primeros en definir claramente el régimen ruso como un capitalismo de Estado, con todos los inconvenientes del sistema: inflación, altos impuestos, atraso en la indumentaria por falta de valor adquisitivo, etc. Observó que la oposición había sido ya desplazada de los cargos directivos y que los judíos desaparecían hasta de los cuadros medios. En los lugares logrados, aparece la nueva burguesía, a la que él llama *burguesía NEP* (la nueva política económica de posguerra civil). La ve aislada, sensible a cualquier halago del extranjero, estableciendo un férreo control de la vida que obliga a la gente a refugiarse en la intimidad. La generación revolucionaria ha envejecido y busca la estabilidad a cualquier precio, tanto en las relaciones públicas como privadas.

La política rusa muestra una acusada duplicidad: en lo exterior, practica el pacifismo e intenta comerciar con los imperios; en lo interno, suspende la militancia comunista, despolitiza la vida cívica, impone la paz social y una educación revolucionaria en que la revolución no es una experiencia, sino una palabra privilegiada.

Todo lo domina el encuadre aislacionista: se conocen escasas noticias de fuera, incluidos los comentarios extranjeros sobre la URSS. La gran burguesía, que mantuvo vínculos con el exterior, ha sido aniquilada. La nueva burguesía no está capacitada para conservar los canales hacia el mundo europeo.

Un ejemplo: las películas de Chaplin resultan muy caras y no se pasan en la URSS. En su lugar, hay un pobre sustituto local, Igor Vladimirovich Ilinsky. A ello se suma una estricta censura cinematográfica, que no teatral. No se pueden ver films que exhiban la vida burguesa ni escenas de erotismo. Sí, en cambio, comedias grotescas americanas y elogios a la técnica. Con el argumento de que hay que sustraer a las masas del imperialismo ideológico capitalista, se ofrece una imagen bagatelizada del amor, sátiras a los nuevos ricos y poco más.

En lugar de ideología revolucionaria, hay culto a la personalidad de Lenin, cuyo retrato se repite incansablemente. Este culto se descubre hasta en sorprendentes detalles cotidianos: proliferan los relojeros porque Lenin dijo que el tiempo es oro, se practica el ajedrez porque Lenin amaba este juego.

Observador de la vida cotidiana como la queda manifestación de una sociedad, WB

encuentra los interiores moscovitas «desconsoladoramente pequeñoburgueses». Paredes cubiertas de imágenes, ventanas cubiertas con cristales de colores, sillones cubiertos de almohadones, almohadones cubiertos de carpetitas, el piano como centro de la casa, aguardan al ruso medio que vuelve de la oficina para ir al club. Intima y encerrada, esta vida carece de publicidad y, valga la paradoja, de comunidad.

La mayor parte de las notas se refieren al arte soviético. En general, la literatura consiste en procesar un material previo para un público de nivel muy bajo. Junto con la Italia mussoliniana, la URSS resulta para WB un modelo de estudio sobre el arte en la dictadura, una mezcla de culto a los héroes del comunismo con arte reaccionario rural.

Dos funciones de teatro reciben la censura del viajero. Una es *El revisor* de Gogol, dirigida por Vsevolod Meyerhold sobre unos decorados y trajes que le parecen excesivamente lujosos y con unos insertos de propaganda partidaria impertinente. La otra es la *Orestíada* en una sala perfumada, llena de funcionarios enchaquetados. WB, que esperaba una población de comunistas en blusa, se encuentra con un polvoriento teatro de corte, una Grecia de salón. En cambio, lo sorprende la anárquica crítica al poder que contiene el film *Po zakonu* (*Con arreglo a la ley*) de Lev Kulesov, basado en un relato de Jack London.

El diario de viaje registra las discusiones con Reich. WB y él son coautores del artículo *Teatro o revista* y proyectan escribir una enciclopedia materialista. Ambos comparten las reservas ante la filosofía, supuestamente materialista, de Jorge Plejanov. Encuentran que su universalismo es idealista y antidialéctico. La contradicción está vista como un esquema rígido, resuelto de antemano en la tríada tesis-antítesis-síntesis. Con la aplicación de este método jamás se profundiza el objeto y la tríada deviene un universo en sí mismo: se trata de una dialéctica sin objeto, idealista. Tampoco los convence la consideración de ciertos escritores como los «grandes» de una época que definen su siglo. Escoger ciertas figuras como autoridades es un acto de autoritarismo, conservador de los prestigios heredados.

Con Reich disienten sobre los alcances del materialismo. El tema es Goethe, sobre el cual WB prepara un artículo para la Enciclopedia Soviética. El materialismo, según WB, no alcanza para contar la vida de un poeta, sólo alcanza para describir su efecto en el medio. Si se trata de probar el cumplimiento de los presupuestos materialistas con un ejemplo, entonces el análisis carece de objeto, como en la propuesta de Plejanov (cf. Bujarín: *Introducción al materialismo histórico*).

¿Cómo juzgar a Goethe? ¿Valiéndose de categorías tan duras y simples como «compromiso» e «infidelidad»? ¿Cómo explicar que un hombre sometido a tantas obligaciones, haya producido una obra tan poco corriente? ¿Podría haber escrito la obra goetheana un poeta proletario?

WB saca a relucir sus recientes lecturas de Lukács: el materialismo histórico sólo es asimilable al movimiento proletario, la praxis a la teoría y viceversa. Asja protesta, acusando a Benjamin de no conocer suficientemente Rusia: ahora, el trabajo revolucionario no es la lucha sino la electrificación, la construcción de canales, la organización de fábricas.

WB aprovecha Moscú para atesorar observaciones sobre la gran ciudad, una de sus

pasiones. Anota lo aldeano de la capital visible, sobre todo, en la periferia. Hay espacios de aldea en las grandes plazas, cuya dimensión aumenta con la dificultad para circular sobre la nieve y bajo la lluvia. Moscú es la más silenciosa de las grandes ciudades, y las nevadas duplican su silencio. WB recorre colecciones, el laberinto de iglesias del Kremlin, su lujo bizantino. Los mendigos moscovitas, resignados, no tienen la agresividad de los meridionales, son «una corporación de moribundos».

Con la última anotación deja Oriente para siempre.

## La utopía matriarcalista

La incorporación de la mujer al trabajo industrial, a las profesiones, a la dirigencia; la declinación de los valores tradicionalmente patriarcales en la narrativa; la formulación de utopías que prometen un regreso a la sociedad matriarcal: nuestra época anuncia una nueva Era de las Madres.

Sin propiedad privada, sin represión sexual, sin lucha de clases, con un amor basado en la solidaridad y sin el respeto basado en el miedo y el sometimiento, la utopía matriarcalista es tentadora como recambio imaginario para la sociedad de todos los días. Engels y Bebel interpretan el patriarcalismo como el triunfo de Roma, el espíritu, el varón, sobre Oriente, la naturaleza, la hembra. Los derrotados (las derrotadas) de la historia claman redención. Del otro lado, Hegel y Bachofen reivindican el derecho materno, la madre patria, la madre en el lugar del padre. De todo su grupo coetáneo, sólo WB manifestó un gran interés por Bachofen. La meta es el origen.

## El lenguaje

Finalmente, lo que el hombre tiene de humano es la capacidad simbólica, el lenguaje. Es el animal elocuente, el animal locuaz que se desmarca de la naturaleza, la gran muda. El hombre como hablante es el ser al cual le ha sido dado hablar: el lenguaje funciona como préstamo o concesión (*Leihung, Verleihung*).

Hay dos vertientes del lenguaje: la mágica y la semiótica, la significancia y la significación. A WB le interesa la primera dimensión, la que hace al simbolismo productivo del lenguaje. «Toda palabra —dice Rudolf Leonhardt en *Das Wort*— y el lenguaje en su conjunto, es onomatopéyica». Onomatopeya, imitación de la cosa que se produce con la palabra. Producción que va deslizándose en una infinita sucesión de imperfecciones que no puede ser cortada por ningún significado final. No hay el esperanto de las lenguas, no hay la idea tras las palabras. El lenguaje es lo que hace y no sirve a una idealidad previa y posterior al proceso de elocución. Lo dijo Mallarmé, tartamudo ilustre, y es mejor no intentar traducirlo para no manipularlo: *Les langues imparfaites en cela que plusieurs, manque la suprême*. La suprema falta, la supresa es la gran faltante, la gran carencia hacia la que marcha la serie significante, sin colmar nunca el hueco. Babel.

El lenguaje es, por tanto, mimético. Nombrar es enfrentar a la naturaleza, que es *anominal*, justamente, «por naturaleza». Enfrentarla haciendo gestos mágicos que invocan un objeto inexistente y lo van conformando al intentar nombrarlo. En este sentido